

# ¿POR QUÉ NO NOS ENTENDEMOS?

Por

Jorge A. Sanguinety

Algunos años transcurrieron desde que usé un diccionario por primera vez hasta que supe que algunas palabras adquieren nuevos significados con el tiempo. El fenómeno, sumado al nacimiento y muerte de otras voces, lo obliga a uno a comprar diccionarios con frecuencia, situación que se complica cuando se trabaja con más de una lengua (me refiero al idioma, yo tengo una sola) y se acaba con una pequeña biblioteca de consulta. Lo que yo he dado por llamar varianza semántica, ocurre entre países y en un mismo país en un momento dado.

No sé cómo los lingüistas denominan este fenómeno. El hecho es que como economista me interesa porque afecta la manera en que los diversos grupos de una sociedad se comunican entre sí y pueden o no alcanzar acuerdos que sirvan a sus intereses comunes. Hace unos años, *El Nuevo Herald* publicó un artículo mío en el que yo comparaba los usos de la palabra diálogo en ciertos círculos del exilio. Aunque en aquella oportunidad yo quería escribir sobre las formas idiosincráticas de los diálogos entre cubanos, tuve que aclarar que mi perorata no tenía nada que ver con el discurso que condenaba la acción de los que algunos tildaron de “dialogueros.”

Ahora me ocupa la alteración semántica que está ocurriendo con la palabra transición la cual, según uno de mis diccionarios, es el “paso de un estado o situación a otros distintos.” Desde que cayó el Muro de Berlín, el proceso de cambio en los países que se liberaban del socialismo y que pasaban o luchaban por pasar del estado anterior a una democracia y a una economía de mercado se denominó universalmente transición. Bajo esa palabra y sin más calificativos, se escribieron y se siguen escribiendo miles de libros y ensayos, se han dado innumerables conferencias y hasta se organizó la Asociación para el Estudio de la Economía Cubana que publica sus estudios desde 1991 en volúmenes bajo el título *Cuba in Transition*.

Sin embargo, hay quienes están utilizando la palabra transición con un significado diferente y sumamente restringido, lo cual no contribuye a que nos entendamos, especialmente cuando se trata de intercambios políticos. Ahora, transición es para muchos exclusivamente un proceso para lograr que el castrismo sobreviva a Castro. Los proponentes de la nueva acepción se refieren a cualquier transición como un acto de traición. De pronto todo lo que se ha escrito y hablado aplicando lo que se creía que era el uso correcto de la palabra transición, que dicho sea de paso, no tiene nada que ver con salvar al socialismo, se convierte *ex post facto* en material políticamente incorrecto por obra y gracia del uso descuidado del lenguaje. Sin embargo, vale la pena señalar el fenómeno porque es una de las causas de nuestra incapacidad para ponernos de acuerdo hasta en las acciones más sencillas.

Por mucho tiempo yo creí inocentemente que la gente hablando se entiende. No es cierto entre los cubanos. Demasiado a menudo usamos el lenguaje como un arma, en lugar de usarlo para entendernos. Puede que sea por eso que gritamos tanto. En una cultura donde interrumpir es más importante que

escuchar, el intercambio de ideas es ineficiente y a veces imposible. Lo que da lugar al frecuente espectáculo de ver un cubano discutiendo acaloradamente con otro aún cuando los dos estén de acuerdo. Fascinante. Si a ésto le añadimos que le damos significados caprichosos a las palabras, el problema de la comunicación entre nosotros empeora. No tengo que decir lo que pasa cuando tratamos de comunicarnos con los miembros de otras culturas que hablan otros idiomas.

En su *Lógica de la Acción Colectiva*, el economista norteamericano Mancur Olson demostró que los grupos grandes son incapaces de acometer acciones voluntarias en función de sus intereses comunes. Para los grupos pequeños, sin embargo, es más fácil lograr acciones colectivas voluntarias siguiendo sus intereses cuando dichos grupos pueden emprender las negociaciones apropiadas mediante la comunicación y la discusión de ideas. No obstante, los cubanos tenemos serias dificultades en actuar colectivamente aún en grupos pequeños y aunque se trate de agendas y acciones sencillas. Yo creo que el problema se debe en parte a las dificultades de comunicación entre nosotros y a esa actitud estúpidamente heroica que llamamos intransigencia y que nos impide negociar dentro de los principios básicos sobre los que todos debiéramos estar de acuerdo.

También creo que todo ésto contribuye a que Castro esté todavía en el poder. En realidad su poder no es tanto como que nuestra incapacidad para la acción colectiva es mayor. Cabe que nos enfrentemos entonces a la siguiente cuestión: Y si en cuarenta y dos años no hemos podido ponernos de acuerdo en una agenda para resistir a Castro ¿que pasará cuándo él deje el poder y no nos pongamos de acuerdo en agendas mucho más complejas como la construcción de una democracia y de una economía de mercado? ¿Qué estarán pensando los cubanos en la isla sobre el exilio? ¿Quiénes creerán ellos que podrán reconstruir el país cuando llegue el momento?

*Miami, 17 de agosto de 2001.*